

RESEÑAS

– Remedios Ávila, *El desafío del nihilismo. La reflexión metafísica como piedad del pensar*, Madrid, Trotta, 2005, 287 pp.

Quizás no haya mejor modo de sintetizar la orientación general de la propuesta que nos presenta Remedios Ávila que recurriendo a la metáfora terapéutica de Epicuro: “Vana es la palabra del filósofo que no remedia ningún sufrimiento del hombre. Porque así como no es útil la medicina si no suprime las enfermedades del cuerpo, así tampoco la filosofía si no suprime las enfermedades del alma” (Fr. 221 Us.). Este mismo espíritu epicúreo, común a la filosofía helenística en general, parece ser el que guía los análisis de la autora a lo largo del recorrido de la historia de la filosofía que ella nos propone, y que nunca pierde de vista que de lo que se trata es de “reflexionar para entender lo que ocurre a nuestro alrededor y lo que nos ocurre. Y todo esto para vivir mejor” (p. 9). Pero lo más interesante del texto radica en el intento de rehabilitación de la metafísica por medio de su conjugación con la filosofía práctica. Vana es la palabra de la metafísica si no remedia, de alguna manera, el mayor sufrimiento de nuestra época: el nihilismo.

Así, Remedios Ávila parte de aquel diagnóstico, que dieran tanto Nietzsche como Heidegger, que identifica como el mal de nuestro tiempo a ese “inquietante huésped” del nihilismo que se rehúsa a abandonar nuestras moradas. Frente a esta enfermedad del presente, frente a la sentencia de que “la vida no vale nada” –como sintetizara Nietzsche el modo en que suele presentarse el nihilismo entre nuestros sapientes–, frente a este desafío, es necesario pensar, a juicio de la autora, qué puede oponerle la filosofía, y más específicamente, la metafísica. Y la tesis que defenderá a lo largo de las páginas de este libro no intentan sino mostrar cómo la reflexión filosófica puede oponer efectivamente un antídoto al nihilismo: la *pietas* como un modo de pensar y reflexionar que supone que más allá de toda negación hay algo que merece ser respetado, afirmado y venerado. Frente a la Hécuba de la filosofía, como alguna vez la llamara Kant, frente a la reflexión metafísica no nos queda otro camino que el circular retorno a ella, a sus interrogaciones y problemas, que en definitiva no son otros que “las preguntas de la vida” que nunca han dejado de habitarla y habitarnos.

El campo de la metafísica puede ser definido como aquel que abarca dos cuestiones o preguntas fundamentales: aquella que se ocupa del ser y aquella que se ocupa del sentido. “Tales son los dos problemas de los que siempre se hizo eco la metafísica” (p. 23), y tales son las preguntas que no dejan de formularse en este texto, aún cuando exista la fuerte conciencia de que quizás

nunca encuentren una respuesta acabada y definitiva. Y en esta vía se inserta el intento de pensar más allá de la oposición entre ser y nada, entre metafísica y nihilismo, para plantear incluso la posibilidad de concebir una “relación nietzscheana” entre ellos, que permita establecer un vínculo fértil, fecundo y productivo, y por tanto, nunca clausurado o definitivo. Y lo más importante parecen ser aquí las preguntas y los interrogantes, que no deben cesar por el temor de no encontrar respuestas últimas, sino que por el contrario nos recuerdan de un modo enfático lo que sostuviera Heidegger, y esto es que “el preguntar es la piedad del pensar”. En el preguntar parece estar toda la grandeza de la metafísica, y no en el intento de hallar un sistema o un saber absoluto.

Así, Ávila recupera las dos preguntas que a su juicio constituyen la esfera propia de la metafísica, área de la filosofía que ha experimentado una fuerte crisis a partir de la doble puesta en cuestión de la fe y la razón, y que se configuran en la actualidad bajo el problema de la identidad, específicamente de la identidad personal –problemática ésta en la que Platón, Freud y Ricoeur aparecen como los focos principales para el tratamiento de la cuestión– y el problema del sufrimiento y la compasión –que tiene como faro primordial al pensamiento schopenhaueriano–. Así se pasa revista al doble aspecto bajo el cual se presenta la crisis de la reflexión metafísica: el teórico que se hace eco de la consideración que la hermenéutica hace del problema del sentido, y el práctico que remite a la crisis de sentido de nuestro tiempo, a partir de los sesgos que dichos problemas revisten en nuestra contemporaneidad. Estas cuestiones que giran en torno a la crisis de la metafísica articulan la primera sección del texto, titulada: “Los problemas de la metafísica”.

Ya en la segunda y última sección se aborda de manera más directa la cuestión del nihilismo, y en este momento los autores guías, aquellos frente a los cuales se manifiesta una “deuda de gratitud para con ellos”, son Nietzsche y Heidegger. Aquí se cierra el intento de rehabilitación de la metafísica por medio de este extraño camino que recurre a la filosofía práctica y a este renovado antiguo *fármakon* que es la piedad, y que aleja el posicionamiento de Ávila de los más recientes intentos de rehabilitación de la filosofía práctica de corte neokantiano universalista. Aun reconociendo una doble universalidad –la de la razón y la de los afectos primarios del placer y el dolor– se debe tener presente que “la filosofía en cuanto metafísica y, en concreto, como indagadora de la respuesta por el sentido tendrá que renunciar a las pretensiones de universalidad propias de la tarea fundamentadora y atreverse a explorar la diferencia, [...] una realización personal, individual, diferente en cada caso, y que, a pesar de ello, no se hurtan a la exposición, a la discusión, al argumentar y, en suma, a la razón, aunque el resultado no sea necesariamente ni en la mayoría de los casos la coincidencia y la universalidad” (p. 69). Teniendo en cuenta esto, se encuentran planteadas las coordenadas de pensamiento a partir de las cuales se puede enfrentar el desafío del nihilismo con la *pietas*.

Si el nihilismo puede resumirse en aquella sentencia que Nietzsche pusiera en boca de los sabios y decadentes: “la vida no vale nada”, la piedad puede sintetizarse ahora con la también famosa afirmación heideggeriana según la

cual “el preguntar es la piedad del pensar”. De allí la piedad que la autora manifiesta frente a estos dos grandes pensadores al preguntar con devoción qué es lo que ellos tienen para decirnos hoy a nosotros, al presente. En ambos se encuentra una misma preocupación, la de reflexionar sobre la vida y sobre el presente. Y estas reflexiones son el lugar agónico en el que Ávila parece encontrar la cifra para compatibilizar el pensamiento del nihilismo con el de la piedad. Todo lo cual supone a la vez que un rescate y una cercanía a los autores mencionados, un posicionamiento crítico respecto de los mismos –aspecto éste que encuentra una cabal concreción en la puesta en cuestión de la interpretación heideggeriana de Nietzsche y que acaba por liberar posibilidades intrínsecas al pensamiento nietzscheano–. Si la piedad heideggeriana puede ser “entendida como devoción, y, por tanto, como una cierta recuperación de lo sagrado”, de lo que se trata aquí es de “la escucha que sigue a la formulación de la pregunta” (p. 245), de “meditar”. Así la *pietas* puede aparecer como “pregunta y voluntad paciente de escucha y recepción para lo que es y ha sido siempre digno de ser pensado” (p. 252).

Y como la piedad supone este escuchar y este preguntar, la escucha y la pregunta se dirigen nuevamente al pensamiento nietzscheano a través de este prisma heideggeriano pero colocándose más allá de la interpretación que este último ofreciera de la filosofía del primero. En una revisión a la crítica de la piedad nietzscheana, Ávila recupera y recrea un nuevo sentido de piedad presente en el propio Nietzsche y que parece dar una forma más acabada al remedio que esta metafísica terapéutica busca. A través de una lectura del personaje Zaratustra, el “ateo más piadoso”, la pensadora concluye que éste tuvo tiempo de “superar la piedad (el amor a los dioses) por piedad (por amor a la vida)” (p. 280). Y ésta parece ser, entonces, la piedad zaratustreano-nietzscheana, una piedad que ya no se entiende como religiosidad ni compasión (que son los dos sentidos básicos de la piedad que Nietzsche recoge y critica), sino como una devoción hacia la vida. Como “el amor a la vida. Un amor que está más allá de los juicios valorativos” (p. 281) y que va acompañado pudorosamente del humor y la alegría (de estas pasiones alegres que ya defendiera Spinoza), un amor que se opone al miedo a los dioses, al viejo *consensus sapientium*, y al temor a la felicidad.

Así Ávila concluye su recorrido pensando la piedad ya no sólo como compasión y religiosidad, sino también como una *pietas* amorosa, piedad ésta que se encuentra en el propio pensamiento nietzscheano y que se erige como la verdadera antagonista de la lógica decadente que se oculta tras la sentencia “la vida no vale nada”. Es ella la que constituye un verdadero aporte a la hora de enfrentarse a ese inquietante huésped que es el nihilismo. Y es ella la afirmación, la devoción, y el medio que encuentra la propuesta de rehabilitación de la metafísica, reflexión ésta que deja así de ser temida y que es recuperada por verdadero amor a la vida.

Virginia Cano